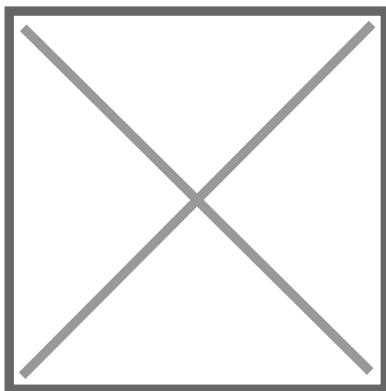




Tras la figura del "patiperro" que recorre los campos de Chile y América Latina subyace una identidad y una estética, la de los campesinos "descampesinizados" en el lenguaje de la academia. Por ello, abandonando su condición de experto rural y ex funcionario internacional, el Conservador de la Biblioteca "José María Arguedas" recurre a la literatura y a su alma de andarín en un intento por rescatar una presencia cultural cuyas raíces están en la tierra.



Rafael Baraona, geógrafo y escritor

Los pasos del andarín

FARIDE ZERAN

Rafael Baraona tiene 76 años, una mujer sabia, cuatro hijos a quienes el exilio dejó fuera de Chile, un puñado de buenos amigos y una cantidad de historias propias que le servirán para repletar volúmenes de cuentos. Escritor incógnito hasta hace un año en que publicó su primer libro, *Los Pasos del Andarín* (Lom, 1996), con el que obtuvo el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, fue investigador agrario en México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay, Argentina y Chile. Luego de haber obtenido una beca para estudiar climatología agrícola en los EEUU, decidió alistarse como voluntario, en 1945, en el ejército norteamericano con el objeto de "luchar por la libertad y la tolerancia y detener al fascismo", declaración de principios que le sirvió para calificarlo de "sospechoso de deslealtad", como rezaba la frase culposa en sus papeles de enrolamiento. Se fue Rafael Baraona al recordar esa etapa de su vida, y recuerda con agrado aquella experiencia que le significó recorrer a pie buena parte de México, gracias a que había sido contratado por el gobierno de EEUU para participar como técnico en un proyecto de erradicación de la fiebre aftosa. Pero en 1948, el irreductible andarín hijo de un colchaguino que le enseñó el amor a la tierra y a los caballos, regresó a EEUU, en pleno apogeo de la caza de brujas encabezada por McCarthy. Eran los años de las listas negras y de la intolerancia, era "el tiempo de canallas", como lo describiera Lillian Hellman, al evocar ese período. Rafael Baraona, nuevamente sospechoso, fue llamado a declarar por una corte en la que se le exigió dar los nombres de los doce miembros que encabezaban el Partido Comunista en Nueva York. Encarcelado por negarse a

colaborar, un grupo de amigos pagó la fianza, mientras otros, como Fernando Alegria, lo ayudaron a salir del país. Sobre ese tiempo Baraona recuerda el miedo y una cierta distancia frente a la condición humana cuando en su calidad de testigo de una época señala que muchos de los intelectuales y profesores de las universidades norteamericanas colaboraron por temor. De regreso a México, formó parte de los círculos de creadores y artistas como Siqueiros, o Venturini, su cuñado, hasta que nuevamente el llamado de la tierra lo convocó, esta vez a la Guatemala de Arbenz. La historia de Rafael Baraona es rica y está salpicada de anécdotas que por sobre todo hablan del campo, ese campo chileno o latinoamericano al que hoy intenta hacer justicia a través de la literatura luego de haberse sacudido de la reducción de la academia, de las estadísticas y de todo aquello que impedía que la voz de los sin voz clauda en su memoria añorara a borbotones, trayendo una estética popular que aquí se estrella en las rígidas estructuras sociales. No en vano Rafael Baraona define a Chile como "una República en la cual todo ciudadano no pierde las esperanzas de encontrar a otro más roto que él".

—Usted regresa a Chile el 87, cuando ya ha dejado de ser funcionario de la ONU, y dos años después crea la Biblioteca "José María Arguedas", y decide dedicarse a la literatura. ¿Por qué?

—Cuando regresé a Chile, nos junta-

mos un grupo de muy buenos amigos y nos dimos cuenta que teníamos suficiente material como para constituir una biblioteca. En esa época no pude encontrar trabajo, fue un período en que fui muy poco al campo, y mi retorno significó estar en Santiago, una ciudad que nunca me ha gustado particularmente. De allí que junto con formar esta biblioteca inicié una línea que me llevó a *Los Pasos del Andarín*, lo que de alguna manera significó despedirme de la seriedad de la mirada académica al campesinado y asumir mi condición de inventor.

—En ese "despedirme de la seriedad de la mirada académica al campesinado", subyace algo. ¿Cómo es esa mirada académica? ¿Qué opone, qué rescata usted en esta relación de tantas décadas?

—No opongo nada, sólo decidí evadir a la academia, y en un momento dejaron de interesarme los problemas de clases y los problemas de estructuras. Y he escrito solamente sobre las cosas que el campesino tiene en la cabeza. Un aspecto es el muy académico, sistemático, y eso significa la ciencia campesina. El otro es lo que revela el campesino, es lo que dice, es lo que siente o piensa. Conoci a un campesino maravilloso, un campesino al que desgraciadamente creo que no le hice toda la justicia porque no lo dejé hablar lo suficiente, y esa experiencia está en el texto *Un campesino por dentro*. Con eso me despedí con un cierto sentido de impotencia, porque una cosa es decir que la existen-

cia campesina, el ser campesino es en sí algo que ninguna disciplina científica puede mostrar, es de una totalidad en que solamente podemos aproximarnos a algunos aspectos de esa realidad, pero en el momento en que escribimos sobre los campesinos los principales culpables de "descampesinizarlos" somos nosotros mismos que escribimos sobre ellos, desde la academia.

—¿Acaso la crítica?

—Yo no critico a la academia porque es lo que la academia hace. Sin embargo, hay antecedentes de que las cosas pueden haber sido diferentes. Yo creo que entre el positivismo y el desarrollo de la sociología científica abandonamos a la gente que a fines del siglo XVIII, y a principios del XIX escribieron sobre campo, cultivo, campesino, vacas como una sola realidad política, como una sola realidad del campesino. Pero había esta visión fragmentaria, y como en la vida de los viejos algunas cosas se esfuman un poco y se debilitan y cobran forma otras cosas, y como los viejos viejos no de una globalidad de recuerdos sino de recuerdos en particular, pensé que lo que podía decir sobre los campesinos estaba en la literatura y no en las ciencias sociales. Así, comencé a escribir sobre el campesino y surgieron una serie de cuentos, no solamente sobre el andarín, que tiene algo muy importante y fresco, y que de alguna forma soy yo. Una persona que ha pasado, ha saboreado la América Latina, tanto que me parecería totalmente impropio de mi parte analizarla. El ejercicio principal en América Latina es el manejo de códigos que varían de un país a otro. Los

Los pasos del andarín [artículo] Faride Zerán.

AUTORÍA

Baraona, Rafael

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los pasos del andarín [artículo] Faride Zerán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile